

se desarticula así incesantemente en una pluralidad de registros que tratan de describir los matices del amoroso comercio, entre el cuidado y la entrega, entre el temor y la esperanza, entre el goce y el dolor. «Deleites interiores son los del amor conyugal», dice Guzmán. Su libro es la expresión emotiva y conmovedora de este aserto que los poemas glosan declinando los diversos sentidos de una pasión. Delicia, sí, pero también sufrimiento, y algo que se vive entre ambos y que estos versos no dicen porque no tienen que decirlo, ya que claramente lo ponen en escena, ya que, con toda su fuerza, lo representan en su mismo surgimiento. El extraño arte de Patricia Guzmán reside sin duda en este verbo dúctil y sugerente que, con sus bruscos contrastes, con sus irregulares articulaciones y sus cambios intempestivos, recrea la confusa génesis de nuestros afectos y sus rápidos movimientos por el entramado de nuestra subjetividad.

Gustavo Guerrero

La fiesta del Chivo, Mario Vargas Llosa, Madrid, Alfaguara, 2000, 518 pp.

En su nueva novela, el autor peruano se ocupa otra vez del tema de la dictadura, lo que explica por

qué abandona por segunda oportunidad (antes lo hizo con *La guerra del fin del mundo*) su propio país. En este caso trata la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo, generalísimo dictador de la República Dominicana entre 1930 y 1961. Vargas Llosa había dedicado con anterioridad otra novela extensísima al tema de la dictadura, a saber, *Conversación en La Catedral*, en torno al «ochenio» de Odría en el Perú (1948-1956).

Como el novelista ya tiene acostumbrados a sus lectores, las primeras secuencias de *La fiesta del Chivo*, sobrenombre dado a Trujillo, introducen las tres líneas argumentales y sus respectivos personajes que alternarán a lo largo del relato. La primera comienza con el reencuentro de una mujer, Urania, con la isla caribeña y la rememoración de su huida de Santo Domingo en 1961, a los catorce años; ahora tiene cuarenta y nueve, es decir, nos encontramos en el año 1966. La segunda secuencia introduce al mismo dictador en su estancia, despertándose; seguiremos, más tarde, sus pasos a lo largo de este día aciago, el 30 de mayo de 1961, que terminará con su muerte. La tercera secuencia está dedicada a los conspiradores que, la misma noche, esperan en la carretera al dictador para ametrallarlo. Con casi total regularidad se alternan los tres episodios, excepto la secuencia 17

(teóricamente perteneciente a Trujillo) y las secuencias 19 y 22 (las que debía ocupar Urania) pero en las que están presentes los conspiradores, es decir, la historia de éstos cobra más densidad a partir de determinado momento.

Pero no sólo se narran estas tres historias (el reencuentro con su pasado de una mujer mayor, de gran éxito profesional pero frustrada en su vida privada; un «día en la vida de R. L. Trujillo» y una noche en la de sus asesinos). Urania desgrana una vieja historia de abuso sexual (representativa de la de muchas dominicanas) ante sus parientes, todas ellas mujeres, y les obliga a afrontar la verdad sobre su padre, el antaño poderoso ministro Cabral. Trujillo, en las conversaciones con sus allegados y en sus monólogos, rememora viejas «hazañas» (casi todas ellas extorsiones, violaciones y asesinatos) y planifica nuevas para mantenerse en el poder. A su vez, los conspiradores, en una noche al parecer interminable, repasan su vida y el por qué de su macabra decisión y hacen aflorar otros agravios del dictador y su –a veces involuntaria– implicación. Todo este material incluye crímenes conocidos internacionalmente, como la matanza de miles de haitianos en 1937, el atentado contra el presidente venezolano Betancourt, el asesinato del español Jesús de Galíndez, el «accidente» de las hermanas Mirabal...

¿Por qué otra novela de dictador después de las ya conocidas de los años setenta? Es cierto que Trujillo aún no había encontrado al escritor que lo retratara cabalmente (los retratos nunca serán definitivos), a pesar de algunos relatos de Marcio Veloz Maggiolo o *El Masacre se pasa a pie* de Freddy Prestol, él mismo incluido como personaje en *La fiesta del Chivo*. Pero la razón, de más peso quizás, es la de que no se trata tanto del relato del dictador (quien muere a la mitad de la novela) como de la dictadura misma y su funcionamiento (miedo, servilismo, claudicación de la voluntad y de la conciencia, corrupción...) como se observa en las historias de los conspiradores; en algún momento uno de ellos se da cuenta de «lo endiablado del sistema», «en el que todos los dominicanos tarde o temprano participaban como cómplices... en el país, de una manera u otra, todos habían sido, eran o serían parte del régimen» (190). Se muestra, además, que aun muerto el dictador no se termina el sistema e incluso treinta y cinco años después todavía hay personas que lo defienden. Uno de los personajes más destacados en el sistema es el longevo y sempiterno presidente Balaguer, razón por la que ocupa él sólo la secuencia 22.

Otra pregunta que se plantea es ¿cómo narrar la Historia (con mayúscula) después del declive de los grandes (meta) relatos? Vargas

Llosa sigue las técnicas introducidas en sus novelas desde *La ciudad y los perros*: fragmentación de la historia, alternancia de tramas yuxtapuestas, saltos en el tiempo (el dictador muere en el capítulo IX y «resucita» en el XI) y superposición de diferentes tiempos; multivocidad, diálogo que alterna con el monólogo interior y el estilo indirecto libre (y las típicas variaciones vargasllosianas); cambios de la primera persona a la segunda (autorreferencia) y a la tercera... Tal vez, el único fallo (que llama la atención a primera vista) es la cansina repetición trimembre (a veces ampliada por un cuarto elemento): «Gran Singador, Macho Cabrío, Feroz

Fornicador», sedujo, secuestró, violó», «El feíto, el brutito, el desangelado» (ejemplos de las páginas 134 y 135).

En fin, después de libros menores o poco interesantes como *Lituma en los Andes* y *Los cuadernos de Don Rigoberto*, con esta novela Vargas Llosa vuelve plenamente a su arte magistral y a una historia cautivadora, es decir, consigue uno de sus principales objetivos: «anular la distancia entre el lector y lo narrado... lograr que la narración lo absorba de tal manera que la vida del lector sea la vida de la narración» (coloquio en la Habana, 1965).

Rita Gnutzmann

Los libros en Europa

Historia do Pensamento Filosófico Português, Pedro Calafate, *Volume I: Idade Media, Lisboa, Caminho, 1999, Volume V, 2 Tomos; O Século XX, 2000.*

La historiografía portuguesa se ha enriquecido durante los dos últimos años (está prevista la publicación de los tres volúmenes restantes para el presente año 2001) con el enorme trabajo que ha emprendido el profesor de la Universidad de Lisboa, Pedro Calafate quien ha diseñado un plan perfectamente equilibrado y dotado de una gran lógica interna para desarrollar una historia completa de la filosofía portuguesa. Para ello se ha rodeado de especialistas de varias universidades portuguesas quienes, además de comprender perfectamente su plan, han realizado una estupenda labor de investigación original. Con ello ha conseguido lo mejor de un proyecto como éste, evitando casi todos sus errores, relacionados con la simple acumulación o la dispersión.

Contribuye así el profesor Calafate a corregir la queja que nos dejaba María Zambrano hace muchísimos años con motivo de la publicación del libro de José Luis Abellán, *La filosofía española en América*, cuando tras referirse a que su generación tuvo «padres» filosóficos y lamentarse de que las siguientes no

los hubieran tenido, terminaba diciendo, para eliminar cualquier tergiversación nacionalista de sus palabras, lo siguiente: «El pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega naturalmente desde una tradición».

Para conseguir esta armonía de objetivos que está en la base de los propósitos del profesor Calafate, ha sido necesaria una revisión del modelo canónico sobre el que tradicionalmente se trazan las historias de la filosofía sin que por ello se haya salido de ninguna ortodoxia. Más bien lo contrario ya que el proyecto responde con todo rigor a las exigencias de la filosofía académica. Mas se trataba, para Portugal como nos ha sucedido también en España, y en general este juicio es válido para Latinoamérica, de que no se confunda *lo que se conoce* con *lo que existe*, dando lugar a un colonialismo interno que nos inclina a fijar la atención únicamente en un conjunto limitado de países y autores tradicionalmente reconocidos.

El propio Pedro Calafate indica cuál ha sido la actitud colectiva emanada de esta apuesta por un modelo canónico excluyente: la autoflagelación y la baja autoestima colectiva. ¿Qué se debe a España o a Portugal en el campo filosófico? Durante mucho tiempo la simplifi-